



unánimes

Estudios bíblicos

C: El Sermón del Monte

05.- La religión del cristiano

03/10/12

Para comentarios y dudas: www.unanimes.org/foro/



unanimes

Estudios bíblicos

C.05.- La “religión” del cristiano

1. Introducción

Anteriormente en el Sermón, Jesús se había referido a la justicia del cristiano desde el aspecto estrictamente ético y moral, ligando los conceptos de bondad, pureza, honestidad y amor. Ahora la ve desde la perspectiva del relacionamiento con su Dios a través de la limosna (la ofrenda era sacrificial, la limosna amorosa), la oración y el ayuno. Jesús pasa de la justicia moral a la justicia “religiosa”.

Es importante reconocer que, según Jesús, la justicia cristiana tiene estas dos dimensiones: moral y “religiosa”. Algunos hablan y se conducen como si su deber principal como cristianos yace en la esfera de la actividad religiosa (ir a la iglesia) o en privado (orar o estudiar la Palabra). Otros han escogido el camino de la acción social sin la “religión”. Para estos la iglesia o congregación, la oración y el estudio de la Palabra, han sido substituidos por un encuentro de amor con su prójimo. Pero no hay necesidad de escoger entre “amor a Dios” y “amor al prójimo”, puesto que Jesús nos enseñó que la justicia cristiana auténtica los incluye a ambos, y así lo mandó. En ambas esferas de la justicia, Jesús nos mandó a ser diferentes. Nos mandó a ser una comunidad cristiana verdaderamente distinta en su vida y práctica. La diferencia esencial es que la auténtica justicia cristiana no es solo una manifestación externa, sino una manifestación de lo íntimo del corazón. Como dice el Sermón:

Mateo 6:1

Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.

En términos del texto que estamos analizando, según parece hay una contradicción aquí entre ser luz (mostrarnos a los demás) y no hacer nuestra justicia delante de los hombres para que la vean. En realidad podríamos conciliar ambos pasajes en la declaración de A.B. Bruce que dice: “debemos mostrar cuando somos tentados a esconder y esconder cuando somos tentados a mostrar”. Nuestras buenas obras tienen que ser públicas para que nuestra luz alumbré; nuestras relaciones con Dios tienen que ser secretas, no sea que nos jactemos de ellas. Además, el fin de ambas instrucciones es el mismo, darle la gloria a nuestro Señor.

Los tres ejemplos de justicia religiosa que da Jesús, limosna, oración y ayuno, aparecen en alguna forma en las religiones monoteístas. Cuando hacemos estas cosas para agradar a nuestro Dios, la relevancia de nuestra “religión” cambia.

Estas tres acciones en algún grado expresan nuestro deber hacia Dios, los demás y nosotros mismos. Dar limosna es procurar servir a nuestro prójimo, especialmente al necesitado. Orar

es buscar el rostro de Dios y reconocer nuestra dependencia hacia Él. Ayunar, en el sentido judaico, es afligir nuestra alma para el arrepentimiento lo cual nos disciplina y nos ayuda a negarnos a nosotros mismos.

Los tres párrafos siguen un modelo idéntico. Jesús pinta un cuadro del modo de ser religioso del hipócrita. Los tales, dice Él, reciben la recompensa que desean: el aplauso de los hombres. Con esto Jesús pone en contraste el estilo cristiano, que es secreto vs el del hipócrita que es público. La única recompensa que los cristianos desean es la bendición de Dios que es su Padre celestial y que ve en lo secreto.

2. La dádiva cristiana

Mateo 6:2-4

Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

Pero cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público.

Existe en el Antiguo Testamento mucha enseñanza acerca de la compasión hacia el pobre. La palabra griega para limosna es *eleemosune* que significa obra de misericordia o piedad. Ya que nuestro Dios es un Dios misericordioso, Su pueblo también tiene que ser benigno y misericordioso. Jesús obviamente esperaba que sus discípulos fueran dadores generosos pues Él siempre condenó la tacañería.

Sin embargo la generosidad no basta. A lo largo del Sermón del Monte, Jesús nos enseña que lo importante son las motivaciones y no los actos en sí mismos. En estos pasajes, no es tan relevante el hecho de que una mano no se entere de que es lo que hace la otra sino, ¿qué piensa el corazón mientras la mano hace aquello? Si nuestra misericordia y generosidad está motivada por la vanagloria y por el reconocimiento de los hombres, en nada edifica pues estamos buscando “más la gloria de los hombres que la gloria de Dios”. Pararse con una moneda en una mano y una trompeta en la otra es la postura de la hipocresía, como dijo Spurgeon.

La palabra hipocresía que se utiliza aquí proviene del griego clásico *hupocrites* que quiere decir, orador-actor. En forma figurada la palabra se empezó a emplear a alguien que trata al mundo como un escenario en el cual desempeña un papel. Hace a un lado su verdadera identidad y asume una falsa. Ya no es él mismo, sino lleva un disfraz, personifica a alguien distinto, lleva una máscara.

El problema con el hipócrita religioso es que deliberadamente se propone engañar a las personas. Toma alguna práctica religiosa que es una actividad real y la convierte en lo que no debería ser. Y todo lo hace por el aplauso.

El Señor es durísimo con estos hipócritas. Les dice que los que buscan el aplauso lo conseguirán, pero entonces, aparte de eso, no tendrán otra recompensa. Nada más se les debe, nada más excepto el juicio en el día final.

Por el contrario, el seguidor de Jesús hace todo esto en lo secreto pero debe ser cuidadoso. Tan sutil es la pecaminosidad del corazón que es posible dar pasos deliberados para mantener en secreto ante los hombres nuestro dar y simultáneamente enorgullecernos de ello en nuestras propias mentes con espíritu de autocongratulación. Nunca debemos olvidar que todo lo que hacemos, lo hacemos para la gloria de Dios, no para la nuestra. Así sea que los hombres nos aplaudan o que nos aplaudamos nosotros mismos.

El Señor nos dice que el Padre que ve en lo secreto nos recompensará. ¿Cuál es esa recompensa? No es pública ni necesariamente futura. Es probablemente la única recompensa que el amor genuino desea cuando entrega un donativo al necesitado, ¡ver aliviada una necesidad! Cuando esa necesidad es satisfecha, el amor que inspiró ese donativo queda satisfecho, y esa satisfacción es su recompensa. Tal amor, que es el propio amor de Dios expresado a través del hombre, trae consigo sus propios gozos secretos, y no desea otra recompensa, porque como dijo Jesús “Más bienaventurado es dar que recibir”.

3. La oración cristiana

Mateo 6:5-6

Quando ores, no seas como los hipócritas, porque ellos aman el orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

Pero tú, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público.

En el segundo ejemplo del tipo “religioso” de justicia, Jesús describe a dos hombres en oración. De nuevo, la diferencia básica es entre la hipocresía y la autenticidad. Pone en contraste la razón de su oración y su recompensa. Lo que dice de los hipócritas al principio suena bien: “Ellos aman el orar”. Pero desgraciadamente no es orar lo que ellos aman, ni a Dios a quien supuestamente debería orar, ellos se aman a sí mismos y a la oportunidad de ostentación que les da la oración pública. Tras su piedad asechaba su orgullo. Lo que realmente deseaban era el aplauso y lo consiguieron. Ya recibieron su paga.

El fariseísmo religioso aun no ha muerto. Hoy en día tenemos religiosos que asisten a los templos no a adorar a Dios sino a ganar una reputación de piadosos para sí mismos. Dar alabanza a Dios, como dar limosna a los hombres, son actos auténticos. Una motivación encubierta destruye a ambos.

La verdadera esencia de la oración cristiana es buscar a Dios.

Salmos 27:8

Mi corazón ha dicho de ti: «Buscad mi rostro».

Tu rostro buscaré, Jehová...

Deseamos reunirnos con Él en el lugar secreto para postrarnos ante Él en confianza, amor y adoración humilde.

3.1. El Padre nuestro

Mateo 6:7-15

Y al orar no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos.

No os hagáis, pues, semejantes a ellos, porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que vosotros le pidáis.

Vosotros, pues, oraréis así:

»"Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

No nos metas en tentación, sino líbranos del mal, porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por todos los siglos. Amén".

»Por tanto, si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis sus ofensas a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.

La hipocresía no es el único mal que hay que evitar en la oración, la vana repetición o expresión mecánica y sin significado, también debe evitarse. **La hipocresía es la locura del fariseo, la mecánica es la locura del pagano o gentil.**

Así Jesús está llamando a sus seguidores a algo que va más allá de los logros de aquellos que los rodean, sean o no religiosos. Hace hincapié en que la justicia cristiana es mayor, porque es interior; el amor cristiano es más amplio, porque incluye a los enemigos; y la **oración cristiana es más profunda, porque es sincera y reflexiva.**

La oración que nos enseña el Señor, sigue modelos de oraciones del Antiguo Testamento y del judaísmo. Consta de una invocación inicial y de siete peticiones. Las tres primeras se refieren a Dios (*tu nombre, tu reino, tu voluntad*), las otras cuatro a los hombres con forma y sentido comunitarios (*nosotros*).

Son pocas las veces que el Antiguo Testamento se refiere a Dios como Padre.

Isaías 63:16

¡Pero tú eres nuestro padre!

Aunque Abraham nos ignore e Israel no nos reconozca, tú, Jehová, eres nuestro padre. Redentor nuestro es tu nombre desde la eternidad.

Isaías 64:8

Ahora bien, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros somos el barro y tú el alfarero. Así que obra de tus manos somos todos nosotros.

El tipo de paternidad a la que se refiere el profeta Isaías, era aquella que ve a Dios como Padre de todo y se deriva de la creación de todas las cosas. Desde esa perspectiva, Dios es Padre de todo y de todos (ver estudio de Unánimes “El Padre”).

Jesús toma ese concepto inicial y luego lo eleva a su máxima expresión cuando Él se define como Hijo de ese Padre y define a sus creyentes como hermanos, pues para ser hijos **genuinos** de Dios, se requiere haber nacido de nuevo, o sea haber sido engendrados, espiritualmente, por el Espíritu Santo, quien dio nueva vida a nuestro espíritu muerto (apartado de Dios). Jesús también nos enseña a pedir a nuestro Padre que Él mismo manifieste su santidad y poder entre los hombres, de manera que todos lo reconozcan como Dios. Ese reconocimiento de Su santidad tiene su origen en el Antiguo Testamento cuando el pueblo de Israel era vencido y los enemigos se burlaban de su Dios. Los mismos israelitas terminaron profanando el nombre de Dios entre los gentiles.

Ezequiel 36:22-23

Por tanto, di a la casa de Israel: "Así ha dicho Jehová, el Señor: No lo hago por vosotros, casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde habéis llegado.

Santificaré mi gran nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas. Y sabrán las naciones que yo soy Jehová, dice Jehová, el Señor, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos.

En referencia a la alabanza inmersa en el Padre Nuestro, (porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por todos los siglos. Amén), esta doxología (doxo viene de dar gloria) o

alabanza parece haber sido una fórmula cültica usada por la iglesia durante los primeros siglos, modelada sobre oraciones como la de David.

1 Crónicas 29:10-13

Asimismo se alegró mucho el rey David, y bendijo a Jehová delante de toda la congregación; y dijo David: «Bendito seas tú, Jehová, Dios de Israel, nuestro padre, desde el siglo y hasta el siglo.

Tuya es, Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos.

Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el dar grandeza y poder a todos.

Ahora pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre.

3.1.1. El modo pagano de orar

“No useis vanas repeticiones como los gentiles”. El énfasis en este versículo debe ser puesto en la palabra “vana”, pues como hemos visto las apariencias no impresionan a nadie, menos a Dios. El uso de formas fijas o preconcebidas que en verdad no se sienten, permite que uno se acerque a Dios con los labios mientras el corazón permanece lejos de Él. Pero igualmente es posible usar “frases huecas” en la oración improvisada y caer en la jerga religiosa mientras la mente vaga.

Para resumir, lo que Jesús prohíbe a su pueblo es toda clase de oración con los labios, cuando la mente no está comprometida.

Las palabras siguientes exponen la locura de tal pretensión en la oración: “que piensan que por su palabrería serán oídos”. ¡Qué idea tan poco creíble! ¿Qué tipo de Dios es aquel que se impresiona principalmente por la mecánica y la estadística de la oración y cuya respuesta está determinada por el volumen de las palabras que usamos y el número de horas que pasamos en oración? “No hagáis pues semejante a ellos” dice el Señor ¿Porqué no? Porque los cristianos no creemos en un Dios de ese tipo. Y agrega: “vuestro Padre sabe de que cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis”. Nuestro amado Padre no es ignorante, para que necesitemos instruirlo, ni vacilante, para que necesitemos vencerlo. Es nuestro Padre, uno que ama a sus hijos y conoce todas sus necesidades. Como afirma Juan Calvino, “los creyentes no oran con la perspectiva de informar a Dios de cosas que le son desconocidas, o de entusiasmarlo para que cumpla con su deber, o de instarlo, como si Él estuviera renuente. Por el contrario, oran para que sean movidos a buscarlo, para que puedan ejercitar su fe al

meditar en sus promesas, para que sean aliviados de sus necesidades al ser arrojadas en Su seno; en una palabra, para que puedan declarar lo que solo de Él esperan y creen, para sí mismos y para los demás, todas las cosas buenas.”

3.1.2. El modo cristiano de orar

Si la oración de los fariseos era hipócrita y la de los paganos mecánica, entonces la oración de los cristianos debe ser real. Esto es, sincera en oposición a la hipócrita y reflexiva en oposición a la mecánica. La diferencia entre las oraciones farisaica, pagana y cristiana reside en la clase de Dios a quien oramos.

- a. El nuestro es un Padre, como dijo Jesús, muy personal. Jesús nos lo reveló como un Padre que está en los cielos y que ejerce esa paternidad de forma viva y constante.
- b. Nuestro Dios es uno que nos ama, no es un ogro que nos aterroriza con crueldad atroz y a quien hay que satisfacer por temor al castigo. El cumple el ideal de paternidad al amar y disciplinar a sus hijos teniendo el beneficio de ellos delante del suyo propio.
- c. El Padre es un Dios poderoso. No es solamente bueno sino también grande. La mención de “los cielos” no quiere decir que es su morada, porque Él habita en todo lugar, sino nos lleva a entenderlo como la máxima autoridad y poder, como creador y regidor de todo, como Aquel que rige todas las cosas conforme a Su voluntad, como el Rey.

Jesús combina amor paternal con poder celestial y Su poder es capaz de llevar a cabo lo que ordena Su amor. Al enseñarnos Jesús que le digamos “Padre nuestro que estás en los cielos” no nos está enseñando un protocolo especial el cual debemos seguir, más bien nos está reafirmando Su verdad.

Cuando tenemos presente que nuestro Dios es Padre amoroso, poderoso y personal, nuestras oraciones le darán prioridad a Él (tu nombre, tu reino, tu voluntad) y luego presentaremos nuestras propias necesidades, aunque relegadas a un segundo plano pero confiadas completamente a Él (dánoslo, perdónanos, líbranos). La oración que Jesús nos enseñó está enfocada primero en la gloria de Dios y luego en las necesidades del hombre, ¡en ese orden!

En la contracultura cristiana nuestro interés prioritario no es nuestro nombre, reino y voluntad, sino los de Dios. Primero expresamos nuestro ardiente interés por su gloria y después expresamos nuestra humilde dependencia de su gracia.

Una verdadera comprensión del Dios al que oramos como Padre celestial y gran Rey, aunque pone nuestras necesidades en segundo lugar, no las elimina. Poner nuestras necesidades delante de Él es una invitación que hay que aceptar. Eso nos hace conscientes cada día de nuestra dependencia y nos acerca a su gloria. No hacerlo es privarse de mantener una relación cercana con Papá y olvidarse que dependemos de Él.

La oración cristiana se ve en contraste con las opciones no cristianas. Es teocéntrica (interesada en la gloria de Dios) en contraste con el egocentrismo de los fariseos (preocupados por su propia gloria). Es inteligente (al expresar dependencia reflexiva) en contraste con los encantamientos mecánicos del pagano.

Jesús nos enseña en este modelo de oración que tenemos un Padre que está en los cielos. Necesitamos recordar que Él ama a sus hijos con el afecto más tierno, que ve a sus hijos aun en lo secreto, que conoce a sus hijos y todas las necesidades de ellos antes que ellos le pidan, y que actúa a favor de sus hijos mediante su poder celestial. Si permitimos que la escritura forje así nuestra imagen de Dios, si recordamos su carácter y practicamos constantemente estar en su presencia, nunca oraremos con hipocresía sino siempre con integridad, nunca en forma mecánica sino siempre de forma reflexiva, como los hijos de Dios que somos.

4. El ayuno cristiano

Mateo 6:16-18

Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas que desfiguran sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público.

Los fariseos ayunaban dos veces a la semana, los lunes y los jueves. Juan el Bautista y sus discípulos también ayunaban en forma regular, pero los discípulos de Jesús no ayunaban. El ayuno con frecuencia se interpretaba como aflicción del alma. El Señor eximió a sus discípulos del ayuno mientras Él estuviese con ellos pues, ¿de qué tenían que afligirse cuando el Dios eterno se hizo hombre y habitó con ellos?

De todas formas, si se trata de ayunar, el Señor en el texto claramente dispone que ese ayuno tiene que ver más con nuestro Dios que con el público que nos observa. Repite la fórmula de hacerlo en lo secreto y de recibir de nuestro Padre su aprobación pública. En esencia nos habla más de las intenciones del corazón que de la exhibición pública de una práctica religiosa.

De forma breve abordaremos el tema del ayuno, esencialmente desde la perspectiva de lo inspirado por Dios y escrito por el profeta Isaías en tiempos de idolatría. La práctica del ayuno, en tiempos del Antiguo Testamento, se había vuelto más de apariencia que de ofrenda a Dios. Llegó a ser una práctica religiosa sin ningún afán de agradar a Dios, porque a Dios no se le agrada con religiosidad externa, con liturgias o ceremonias, sino con amor genuino en el corazón. El pueblo de Israel se había contaminado con idolatrías y sacrificios a ídolos y pensaban que con ayuno podían regresar a tener el favor de Dios. Tenían religiosidad pero no misericordia, no habían entendido que al Dios vivo se le agrada a través del servicio al prójimo y no de actos religiosos de apariencia piadosa. Así dijo el Señor a Su pueblo:

Isaías 58:1-12

«¡Clama a voz en cuello, no te detengas, alza tu voz como una trompeta!

¡Anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado!

Ellos me buscan cada día y quieren saber mis caminos, como gente que hubiera hecho justicia y que no hubiera dejado el derecho de su Dios.

Me piden justos juicios y quieren acercarse a Dios.

Dicen: "¿Por qué ayunamos y no hiciste caso, humillamos nuestras almas y no te diste por entendido?"

He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio interés y oprimís a todos vuestros trabajadores.

He aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicualemente; no ayunéis como lo hacéis hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto.

¿Es este el ayuno que yo escogí: que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como un junco y haga cama de telas ásperas y de ceniza?

¿Llamaréis a esto ayuno y día agradable a Jehová?

El ayuno que yo escogí, ¿no es más bien desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los quebrantados y romper todo yugo?

¿No es que compartas tu pan con el hambriento, que a los pobres errantes albergues en casa, que cuando veas al desnudo lo cubras y que no te escondas de tu hermano?

Entonces nacerá tu luz como el alba y tu sanidad se dejará ver en seguida; tu justicia irá delante de ti y la gloria de Jehová será tu retaguardia.

Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él: "¡Heme aquí!

Si quitas de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador y el hablar vanidad, si das tu pan al hambriento y sacias al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz y tu oscuridad será como el mediodía".

Jehová te pastoreará siempre, en las sequías saciará tu alma y dará vigor a tus huesos.

Serás como un huerto de riego, como un manantial de aguas, cuyas aguas nunca se agotan.

Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de generación y generación levantarás, y serás llamado "reparador de portillos", "restaurador de viviendas en ruinas".

Para una verdadera comprensión del ayuno, referirse al estudio de Unánimes “El verdadero ayuno”.

5. En resumen

La religión del cristiano es una religión interior, no vistosa, no exhibicionista, no ceremoniosa. Es una que proviene del interior, del cambio que hace el Espíritu en nosotros, porque del corazón salen las intenciones que luego se convierten en acciones. Así lo dijo el Señor:

Marcos 7:18-23

Él les dijo:

--¿También vosotros estáis así, sin entendimiento? ¿No entendéis que nada de fuera que entra en el hombre lo puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina?

Esto decía, declarando limpios todos los alimentos.

Pero decía que lo que sale del hombre, eso contamina al hombre, porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lujuria, la envidia, la calumnia, el orgullo y la insensatez.

Todas estas maldades salen de dentro y contaminan al hombre.

Todas nuestras acciones tienen un origen interior. De nuestro corazón salen las malas intenciones y las buenas. Es de allí de donde nuestra religión surge como real o hipócrita. Un cristiano genuino se distingue por su relación cercana con Dios a través de intenciones genuinas que están alineadas con Su Palabra. La religión del verdadero cristiano es una forma de vida nueva, diferente, brota del interior y se refleja en sus buenas obras. Como dice Pablo:

Efesios 2:10

...pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.

El ser humano por sí mismo no puede hacer que de su interior caído salgan las buenas intenciones. Es a través del Espíritu que el Señor puso dentro del creyente que el amor de Dios se mostrará en nosotros. Así lo afirman las escrituras cuando dicen:

Romanos 5:5

...porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.

Basado parcialmente en el libro “El Sermón del Monte” de John Stott, publicado por Ediciones Certeza
Las citas de las escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995